

En la muerte del Dr. Luis  
R. Lizarralde, Presbítero.

FAES  
Archivo 157

..... Es de noche! — La noche mas oscura  
Envuelve el mundo con su negro manto,  
Y en la cóncava bóveda del cielo  
Su leve luz no arroja ningun astro.  
Un bajel en el seno inmensurable  
Bogando va del fervido Oceano,  
Con rumbo venturoso ciertamente  
Del violento huracan no contrastado.

Un presbítero en silencio junto al lecho  
De un joven Sacerdote está velando:  
¡No alcanzará la luz del nuevo día!  
Fue el pensamiento que en su mente rauda  
Cruzó, como una sombra. — Lentamente,  
Por la funebre bóveda, su paso  
La larguísima noche de agonia  
Resbaló; y al brillar el primer rayo  
De luz en el oriente, el moribundo  
Se alzó en su lecho, a medias, con trabajo  
Y exclamó: Dulce Patria .....! oh Madre mia .....!  
Cumplase, oh Dios! tu voluntad .....! — El barco

Continuaba su rumbo, idel prescrito  
Les ahogados sollozos i los llantos  
Morian con las brisas i las olas  
Del mar de las Antillas. Entre tanto.....  
— Madre infeliz, no leas esta amarga  
Relacion! — Entre tanto, de la nuda  
En la cubierta se hacen las esciquias;  
No cual las celebramos en los campos,  
Del cementerio en la bendita tierra.  
El mar es implacable! ni del santo,  
Ni del héroe conserva las cenizas  
Que se confían a su seno airado.

Entre la vieja vela de un navio  
El cuerpo envuelven; ¡finebre sudario  
No dispuesto a guardarlo largo tiempo!  
I para hallar mas pronto en el seno vasto  
De la espantosa eternidad, añaden  
La grave bala de un cañon. — El canto  
Las antorchas, las flores, los perfumes,  
Estos, que ornar el lecho funerario.  
Oh! su vida empezada entre borrascas  
Debió hallar una tumba en el Oceano!  
Escuchad! — del antiguo Job resuena

La voz sobre las ondas resbalando. FAES  
Retocadas del sol que va a elevarse: Archivo 858

Nací como una flor i fui cortado!

Suena el cañon: su trueno no despierta  
Ningun eco en los mares solitarios.

Otra vez el cañon!... i luego se oyo  
Un golpe sobre el agua, sordo, opaco;  
Las ondas se abren; ciérranse, dilatánse....

La Eternidad encima echó su manto.

Del proscrito Pontífice se escucha  
La voz solemne el aire desgarrado:

Yo sé que vive el Redentor, i un día  
Con mis ojos de carne he de mirarlo!

Me alzaré del sepulcro a nueva vida:

Esta esperanza entre mi pecho guardo!

Vuelve a bogar la nave; i a un momento  
Se pierde sin dejar ni leve rastro.

Bogotá, 5 de diciembre de 1852.

José Joaquín Ortiz.